



CONTRABAL  
SERVICIOS  
FERNANDO  
SANTO DOMINGO

*Ariel*

# ÍNDICE

[PORTADA](#)

[DEDICATORIA](#)

[CITA](#)

[QUEDAN ADVERTIDOS](#)

[CONTRA EL SEPARATISMO](#)

[ESTOCADAS](#)

[LA INVENCION DE CATALUÑA](#)

[EUSKADI Y EUROPA: EL MISMO COMBATE](#)

[ESTAFADORES](#)

[A CASA](#)

[LOS ABSTEMIOS](#)

[SOLUCIONES](#)

[LO BÁSICO](#)

[HORROR STORY](#)

[COMPETICIÓN](#)

[EL ESCUDO DE LA LIBERTAD](#)

[ENVOI](#)

[NOTAS](#)

[CRÉDITOS](#)

*En memoria de José Luis Castillejo  
y de mi chica lista de Hospitalet: libre,  
española, cosmopolita*

*«Porque separé a tan unidas personas,  
separado llevo mi cerebro, ¡desgraciado!,  
de su principio que está en este tronco.  
Así se cumple en mí la represalia.»*

(Habla Bertran de Born, trovador occitano. Dante Alighieri, *Infierno*, Canto XXVIII, vv. 139-142)

## QUEDAN ADVERTIDOS

No se llamen a engaño: esto es un panfleto. No un tratado, ni un estudio académico, ni una refutación erudita de puntos de vista ajenos. No, sólo es un panfleto. O sea, según la definición de la RAE: «Libelo difamatorio. Opúsculo de carácter agresivo». Me quedo sin duda con la segunda acepción, aunque no niego que pueda haber bastante de la primera. Cuando algo goza de una fama conseguida por medios inmundos, es lícito difamarlo un poco aunque no se juegue demasiado limpio. La cuestión del separatismo no es un tema para escribir una tesis o mostrar que estamos al tanto de la última bibliografía, sino una flecha envenenada que ha hecho diana en el centro mismo de nuestra convivencia nacional. Me resultan insoportables —perdonen la primera persona, pero voy a hablarles siempre con esa voz aunque no la utilice de forma expresa— las doctas discusiones sobre el ataque felón que pone a nuestra patria en la agonía en sentido unamuniano, es decir, en un combate moral y político a vida o muerte. Y no comprendo cómo autoridades tan sabias (no comparadas conmigo, que poco mérito tendría, sino cotejadas con baremos más altos) pueden conservar un tono tan imperturbable ante el asunto que lo está perturbando todo. ¿Es que no se dan cuenta...? Quizá tuviese razón —como casi siempre— Oscar Wilde cuando dijo que «la ignorancia de los catedráticos es fruto de sus largos años de estudio». De modo que me refugio y me desahogo en mi panfleto, escrito para quienes, aunque hayan estudiado poco, quieren vivir iguales y libres. Este panfleto va dirigido contra el separatismo, no contra el nacionalismo. Hay que distinguir entre ambos, aunque a veces se usen como sinónimos (y también el de independentismo). El nacionalismo es un narcisismo colectivo que puede ser leve y hasta simpático (amén de inevitable: en este grado menor, creo que toda persona mentalmente sana es nacionalista) o convertirse en una psicopatología agresiva que legitima guerras y propulsa a los peores

demagogos. Me temo que cuando hablamos de «nacionalismo» normalmente nos referimos a este último nivel, el más espectacular y peligroso, pero antes debemos ocuparnos un poco de sus versiones *light*.

Es cierto que cualquier nacionalismo tiene más de pecado que de virtud, pero en pequeñas dosis es un veneno que ayuda a conservar la salud (Freud creía que un cierto grado de narcisismo es indispensable en ese cóctel inestable que llamamos «cordura»). Si un tipo exulta vanidad y grita a los cuatro vientos que es un genio, se ganará la antipatía general; si otro canta loores a su familia, nos enseña fotos de su mujer y sus niños para que veamos lo guapos que son y afirma sin vacilar que su abuela hacía el mejor bacalao al pilpil del mundo, lo miraremos con cierta comprensiva ternura mezclada con bastante fastidio; si un tercero proclama que ante todo se siente... (añádase lo que se prefiera: español, francés, catalán, húngaro...) y que está dispuesto a dar la vida por su tierra sagrada, lo miraremos con respeto: es un patriota. Salvo que su patria esté en conflicto con la nuestra: en ese caso será considerado un enemigo. Es cierto que, tal como escribió Albert Camus en *Cartas a un amigo alemán*, hay quien ama demasiado a su país para ser nacionalista. Pero nos referimos al nacionalismo inflamatorio, ya denunciado: el otro, el que arrulla a lo nuestro y a los nuestros, también lo practicó —y magistralmente— el propio Camus hablando del sol y el mar de su infancia argelina. Otro que no cometió excesos patrioterros, Pío Baroja, se defendió de los que lo acusaban de ser mal vasco diciendo que él quería que el País Vasco fuera lo mejor de España, España lo mejor de Europa y Europa lo mejor del mundo, lo cual es un nacionalismo que uno puede suscribir sin demasiados remilgos. Los medievales hablaban de un *ordo amoris*, según el cual tenemos más deberes para con nuestros semejantes más cercanos, en círculos concéntricos que abarcan cada vez más mundo hasta llegar al círculo de Cristo, que rodea la humanidad entera.

Cuando le preguntaron a Frascuelo, torero muy popular en el XIX, qué le había parecido París, su primera salida a Europa, repuso con alarma y reverencia: «Aquello está lleno de extranjeros». Es verdad, el mundo está lleno de extranjeros, es ancho y ajeno, como dijo Ciro Alegría, de modo que es lógico que amemos y protejamos lo que nos resulta más familiar. Hasta ahí el nacionalismo no tiene por qué ser malo, aunque a veces incurra en lo que Sánchez Ferlosio llamó una vez «la moral del pedo»: ese hálito que no nos

molesta salvo cuando es ajeno. Es verdad que frecuentemente los nacionalistas menos exaltados también piensan en independizarse, pero para ellos la independencia es como para los cristianos el cielo: un lugar de perfección y delicias al que nadie tiene prisa por llegar...

De modo que uno puede abominar del nacionalismo que ha ensangrentado Europa, como dijo Vargas Llosa en la gran manifestación antiseparatista de Barcelona, y sin embargo exhibir una bandera rojigualda con toda naturalidad. La supuesta contradicción entre ambas cosas se ha reiterado en las redes y también en la prensa. «Dicen que rechazan el nacionalismo y van todos con su banderita. ¡Tienen una empanada!», tuiteaba un tontaina, contento de sí mismo. Supongo que, según él, los que lloraron de emoción al ver la *Union Jack* que mostraban las barcas y barquitos que venían a rescatarlos en las playas de Dunkerque se ponían así al mismo nivel que los nazis que los rodeaban, esgrimiendo sus estandartes y cruces gamadas.

Los que, en Barcelona, sacaron por fin a la calle la bandera constitucional española se rebelaban con ese gesto contra la imposición ideológica y la marginación cívica que sufren desde hace años en la orgía del separatismo obligatorio. Las banderas que mostraron con orgullo no eran excluyentes de nadie sino inclusivas. Y, sobre todo, el suyo no fue un gesto narcisista sino una demostración de coraje en defensa propia. Porque lo que pretende imponerse en Cataluña no es simple nacionalismo, es decir, exaltación y apego a lo propio, aunque sea con desmesura; es separatismo, es decir, aborrecimiento de lo español, odio feroz al no nacionalista y, sobre todo, exclusión práctica de quienes no comulgan con el dogma del sacrosanto pueblo catalán y subversión de cuanto representa al Estado español. El separatismo no es una opinión política o un ensueño romántico, como el nacionalismo, sino una agresión deliberada, calculada y coordinada contra las instituciones democráticamente vigentes y contra los ciudadanos que las sienten como suyas sin dejar por ello de considerarse catalanes. No es un delirio más o menos grave, sino un ataque en toda regla al núcleo más importante de nuestra garantía de ciudadanía, el Estado de derecho. Con algo de paciencia y sentido del humor se puede convivir mejor o peor con los nacionalistas; pero con los separatistas no hay más arreglo posible que obligarlos a renunciar a sus propósitos.

El separatismo no es solamente un movimiento político como tantos otros.

Hay en él algo especialmente maligno, incluso desde una perspectiva mítico-religiosa. El diablo es, etimológicamente, el separador, *dia-bolum*, el que desune y rompe los lazos establecidos. La tarea diabólica es la fechoría antihumanista por excelencia, separar a los que conviven juntos y obligarlos a detestarse unos a otros, a alejarse: sembrar la discordia, el desgarrar de los corazones. Es de lo más desdichado que tantos separatismos pequeños y grandes encuentren terreno abonado en España, hasta el punto de que cualquier símbolo regional —y si es posible excluyente— sea visto como algo liberador, progresista, por la izquierda lerda y sus asimilados: es prueba de que tenemos un país de todos los diablos...

En cuanto al proyecto separatista catalán: desde luego, la legislación internacional no está del lado diabólico, y así lo demuestra la declaración de la ONU sobre autodeterminación unilateral (1970), la cual sólo resulta comprensible en situaciones coloniales, pero nunca en casos en que el «pueblo» que quiere emanciparse forma parte de un espacio político «donde no se discrimina a nadie por su raza, credo o color». O sea que más justificado estaría pedir la independencia de Alabama que la de Cataluña, región que ni los más distraídos confundirían con una colonia, tanto más cuanto que son los separatistas los que quieren introducir las discriminaciones que no existen y que ahora nadie padece salvo por su culpa (de lengua en la educación, por ejemplo).

Pero hay un requisito que algunos juristas invocan como posible justificación de la secesión y al que se agarran hoy los separatistas catalanes: que se diera una represión brutal, criminal y exterminadora, que no respete los derechos humanos, como las que llevó a cabo el ejército serbio de Milosevic en Kosovo o el ejército chino en el Tíbet. En Kosovo funcionó el invento y los expertos vieron con buenos ojos una «secesión terapéutica», que sería la única formulación mediante la cual una Cataluña independizada unilateralmente podría ganarse algún reconocimiento internacional. Pero en Cataluña no hay nada parecido a eso, de modo que no queda más remedio que inventarlo. De ahí viene el gigantesco bulo de la feroz represión violenta el 1-O, con la correspondiente trola de los ochocientos o novecientos heridos, etcétera. Los separatistas catalanes, con astucia diabólica (si no suena demasiado melodramático), intentan hacerse pasar por kosovares o tibetanos europeos, pacientes de una represión sin mesura e indiscriminada. Y estén



seguros de que también en el futuro se procurará magnificar el uso de la fuerza legítima de la policía y la Guardia Civil, provocándola todo lo que haga falta y utilizando como carne de cañón a niños o ancianos, para presentarlo ante la ingenuidad (hipocresía, más bien) de medios de comunicación y gobiernos extranjeros como posible legitimación del atropello separatista. Una satánica desvergüenza. Pero recordemos que son del Mediterráneo, tralará, donde se inventó la Mafia, la Camorra, la 'Ndrangheta y otros milagros asociativos dignos de figurar en el ómnium cultural.

Hay esfuerzos por hacer creíble este indigesto pastel de posverdades y ellos me han motivado para escribir este panfleto. Por ejemplo, la «Carta abierta sobre la represión política en Cataluña», promovida por profesores catalanes afincados en los Estados Unidos y por estadounidenses persuadidos por ellos, entre los que está el venerable Noam Chomsky, que sabe de Cataluña sólo un poco menos que yo de gramática generativa. El ampuloso infundio ha tenido su prolongación en una carta abierta a la firma en Change.org, encabezada por más académicos catalanes seguidos de Peter Singer —toda una recomendación— y otros miembros del resto de las universidades españolas. Si no fuera porque hay una mayoría de profesores españoles de derecho constitucional y de otras materias que han firmado escritos de muy distinto tenor, sería el caso de repetir el aforismo de Lichtenberg que complementa al de Oscar Wilde citado más arriba: «Debiera haber universidades para restaurar la antigua ignorancia». Lo que más me duele es que la mayoría de estos firmantes dicen ser filósofos o, al menos, profesores de filosofía. ¿Cómo vamos a reivindicar un puesto más destacado en el currículo del bachillerato para la filosofía, apoyándonos en el argumento de que refuerza el pensamiento crítico, cuando existen tantos evidentes contraejemplos? Y, además, bastantes son amigos míos, de modo que su única disculpa es que les haya pasado como también a mí otras veces: que hayan firmado por complacer a alguien sin leer el texto que se les proponía. Pero no me hago demasiadas ilusiones; los años de lucha en el País Vasco ya me han acostumbrado a estas decepciones. Cuando era muy joven me consideraba de un pesimismo atroz porque tenía a casi todos los seres humanos en la más baja estima y sólo la cohorte dorada de mis amigos me parecía digna de aprecio; después, la experiencia de la vida me demostró que aún seguía siendo demasiado optimista...

También me sublevó esa manifestación que se hizo en bastantes ciudades españolas, sin banderas ni lemas polémicos: todo el mundo vestido de blanco y sólo carteles con la palabra «hablemos» en castellano y catalán. No dudo de la buena intención irenista de algunos de los manifestantes, pues hay buena gente de no demasiadas luces. Pero ese panorama de blanco sobre blanco, a lo Malévich, me recuerda con dolorosa viveza lo que ha llegado a ser la educación cívica en nuestra era posmoderna. Nada de compromisos salvo con los que no quieren comprometerse con nada; hay que llevarse bien —es decir, no discutir—, charlar amigablemente sobre cualquier cosa y no llegar nunca al enfrentamiento. ¡Que nada en la moral ni en la política haga sufrir a nadie! Todo pura pastelería. Es también la ética del animalismo, esa aberración, que renuncia a cualquier principio que vaya más allá de evitar el dolor a los seres con sistema nervioso desarrollado. Shakespeare (y mi amigo Javier Marías) se asombraría sin duda de ver juntos a tantos corazones tan blancos. Y por supuesto a tantas mentes en blanco, favorables a hablar sin tregua y no en cambio a aplicar la ley, la cual también es el resultado de largos diálogos pero que finalmente han llegado a acuerdos no ventajistas. Todos en blanco, para que sobre ellos Pablo Iglesias escriba el mensaje que le convenga. Muchos me decían que no había motivos para enfadarse con esa manifestación Norit, el corderito que lava más blanco; a mí me pareció desde luego vacua, pero nada inocua.

Finalmente, voy a revelarles el último motivo para escribir estas páginas, sobre cuya eficacia pueden creer que no me hago ilusiones y que, en cambio, me han costado un muy real esfuerzo. Es el recuerdo de una conversación en el Hospital Clínico de Madrid, una de esas noches interminables en que se va desvaneciendo en sufrimiento la vida, y la muerte se asoma cada cierto tiempo a la habitación vestida de enfermera para cambiar el gota a gota. Quien ha pasado por esas veladas infinitas cree sin esfuerzo en el infierno eterno, pero se le hace difícil imaginar una bienaventuranza capaz de compensarlo. Teníamos la televisión encendida, bajito el volumen, y se repetían sin cesar las noticias del canal 24 Horas. De pronto, alguien mencionó un suceso ocurrido en Hospitalet y ella dijo con su pobre voz rota por las sondas en la garganta, esa voz que había sido tan noble y decidida: «¡Mira, Hospitalet! De ahí soy yo...». En ese momento postrero escogió esa patria, ella que había nacido en la más pobre de las islas Canarias, para acabar

después en San Sebastián, a mi lado. Porque vivió en Hospitalet, también en un barrio humilde, durante el final de su infancia y su adolescencia, cuando recorría las Ramblas vendiendo helados para pagarse los estudios y, de paso, ayudar a la familia. Tan hermosa, tan indomable. «¡De allí soy yo!», me dijo. Sí, era una chica de Hospitalet, una mujer íntegra y valiente de la España que no se resignaba a vivir sin libertades. Nadie la echará nunca de allí, ni a ella ni a los que son como ella, mientras yo pueda seguir luchando.

De modo que sí, quedan advertidos: esto es un panfleto. Y, por tanto, escrito con cierto desparpajo, sin miramientos. También breve: sigo el consejo de Nietzsche, cuando dijo que en los temas trascendentes hay que meterse como en el agua fría, sólo entrar y salir. Así está el agua de La Concha estos días del verano prolongado con un sol que se resiste a partir, y en ella, cada mañana, he buscado un tónico glacial que despejara la modorra de la vejez. Porque, como marca el sol, aún no ha llegado la hora de apagar el alma, aunque duela.

*San Sebastián, octubre de 2017*

CONTRA EL SEPARATISMO

*E pluribus, unum*: con los muchos, formar uno. Este lema no es sólo uno de los primeros de los Estados Unidos, sino también de cualquier sociedad humana. Desde el origen de los tiempos, los hombres nos hemos agrupado limando diferencias y buscando similitudes para formar colectivos más potentes, más eficaces. Nos reunimos por necesidad, para asumir retos que no podríamos afrontar solos. Quizá para combatir con mayores probabilidades de triunfo algún peligro habitual. Según Bruce Chatwin, bien pudo ser un depredador que se había especializado en alimentarse de nuestros remotos congéneres. Si es así, el ejército sería el embrión de cualquier otra comunidad humana: en el origen nos juntamos para pelear y cazar mejor (algo así señaló Ortega y Gasset en «El origen deportivo del Estado»). Todas las asambleas descienden de los regimientos... Después nos fuimos aficionando los unos a los otros. Empezamos a querernos. Nació la *filía*, el amor social sobre el que razonaron los griegos. Pero sin olvidar, como señaló algún pensador de la Ilustración francesa —Helvetius, D’Holbach, uno de esos pájaros—, que *aimer c’est avoir besoin*. Primero la necesidad, luego los afectos. Al compañero a cuyo lado combatimos contra el Gran Devorador le reconocemos su ayuda imprescindible y luego, poco a poco, le cogemos cierto cariño...

Los que se reúnen son en principio diferentes, claro, nunca idénticos. Comparten necesidades y, sobre todo, el miedo, pero provienen de ramas familiares distintas y de diversas regiones (en el alba de los tiempos, la región foránea podía ser una loma a unos cuantos metros de la nuestra o la siguiente cueva horadada en el mismo risco). Los asociados buscan establecer lazos entre ellos, rompen la estricta línea parental para anudar más amplios parentescos (para eso sirve el tabú del incesto) y hacen esfuerzos por

asemejarse cada vez más, por ser reconocibles por los cofrades de la banda. Se van identificando unos con otros. Resaltan parecidos casuales y episodios compartidos por azar como revelaciones irrefutables de una esencia común. Y, sobre todo, cultivan su identidad como rechazo a los que no forman parte del grupo, a los que no conocen sus costumbres ni comparten sus folklóricos secretos. En los primeros tiempos, esta xenofobia debió de ser muy útil para consolidar los pequeños grupos humanos, amenazados por tantos peligros de disgregación. Pero más adelante, ese odio a lo diferente como mensaje envuelto en el aparente amor a lo propio llegó a convertirse en un obstáculo para el crecimiento de los grupos y las alianzas con extranjeros que refuerzan a las comunidades iniciales. Aparece entonces el mensaje asombroso de que todos tenemos cosas en común con todos: la palabra, el amor a los nuestros, el temor a la muerte... Plutarco señala que deberíamos identificarnos con cualquier forastero porque al menos una vez —y decisiva— todos hemos sido como él: «Nacer es llegar a un país extranjero».

En la Antigua Grecia, paradójicamente, los *demos* eran un obstáculo para establecer un régimen político igualitario, es decir, la democracia. *Demos*, al comienzo, no era el «pueblo» liso y uniforme que más tarde se convirtió en sujeto político (y mucho después en un mito bastante siniestro para acoger bajo lo colectivo los derechos individuales de los ciudadanos), sino algo así como familias extensas, minitribus que coexistían recelosas junto a las demás, cada cual con su cabecilla o padre (*padrone*) al frente. Para desbrozar el camino a la democracia fue necesaria la acción nada simpática ni altruista de los primeros tiranos, como Pisístrato, Hippias y compañía, que desmocharon a los *demos* y sometieron los vínculos familiares al ámbito de lo privado imponiendo por encima de ellos el interés común de la *polis* (en la *Antígona* de Sófocles encontramos la más célebre visión trágica de esta pugna). Lo característico del régimen democrático así establecido es formar una «comunidad de desarraigados» (como bien ha dicho Giacomo Marramao), es decir, de ciudadanos de la *polis*, de «políticos» en los que no cuenta su origen familiar o tribal sino la voz con que pueden intervenir en la asamblea y ejercer su libre e igual capacidad de decidir sobre lo que es de todos. Nace así, a tientas, a trancas y barrancas, la virtud política que caracteriza al ciudadano demócrata: la isonomía, la aceptación de la ley igual para todos, junto al ser capaces de persuadir y ser persuadidos, o sea, el debate que la establece y puede cambiarla.

A lo largo del tiempo, la democracia se fue haciendo cada vez más incluyente, de tal modo que aquellos ciudadanos sin propiedades, forasteros, e incluso mujeres, que al principio carecían de ciudadanía, pudieron luego acceder a ella. Se fueron lentamente —¡demasiado lentamente, desde luego! — venciendo los prejuicios raciales, las barreras teológicas que impedían el voto a los creyentes de otras religiones, e incluso se aceptó que los temidos ateos también eran aptos a pesar de no jurar sobre la Biblia para los deberes cívicos. Dos tendencias prevalecían contra todas las dificultades. Por un lado, el agrupamiento en comunidades cada vez más extensas y variadas. Durante el medievo y en el alba del Renacimiento había miles de pequeños núcleos de poder en Europa, cada uno con su forma de organización, sus luchas dinásticas, sus diversas fidelidades religiosas, etcétera; todos ellos celosos de su independencia y opuestos, por agravios más o menos imaginarios, a sus vecinos. La diversidad lingüística contribuía a esta dispersión y a la hostilidad mutua (no olvidemos que Babel es una maldición bíblica: lo de la «diversidad enriquecedora» de las lenguas, que dificulta la comunicación, se le ocurrió a genios más tardíos). Gradualmente, por alianzas, matrimonios convenidos o conquistas, ese desmigajamiento feudal fue dando lugar a Estados grandes que fueron reuniendo bajo una sola corona a todos los núcleos de poder anteriores, de cuya representación surgieron los primeros Parlamentos modernos. Ni que decir tiene que cada reino así constituido abarcaba diversas lenguas, porque hay miles de idiomas en el mundo pero sólo un par de centenares de Estados, de modo que es obligatorio que en cada uno convivan diversos modos lingüísticos aunque siempre se privilegiará uno común para facilitar la administración pública. La otra tendencia, aparentemente contraria, era el reforzamiento cada vez mayor del individuo frente al colectivo. Cuando los habitantes de un país provenían de enraizamientos locales y familiares muy distintos, el origen empezó a contar menos y los méritos o características personales, más. Tal como señaló Oscar Wilde, todas las sociedades evolucionan hacia el desarrollo de una mayor individualidad.

Los Parlamentos iniciales, destinados a limitar el poder de los reyes con pretensiones absolutas, estaban constituidos por representantes de la antigua aristocracia ahora sometida a la unidad bajo la corona, por altos dignatarios eclesiales y por los miembros más poderosos de la burguesía comerciante, la

nueva clase ascendente. Es decir, eran Parlamentos estamentales, en los que el pueblo llano (la parte más numerosa y laboralmente imprescindible de la sociedad) carecía de representación. Pero diversos movimientos de sublevación y, sobre todo, la gran Revolución francesa acabaron con este antiguo régimen de cosas. La democracia nos fue liberando de los condicionamientos que la naturaleza, el azar o la historia habían proyectado sobre nosotros. Eso es lo que quiere decir que los humanos nacemos libres e iguales: que nacemos igualmente destinados a la ciudadanía, con los deberes y garantías inherentes a ella y especialmente con idéntico derecho a decidir acerca de la gestión de la sociedad, sea cual fuere nuestra genealogía, nuestra raza, nuestro lugar natal, nuestro sexo, nuestras habilidades, nuestra religión o ausencia de ella, y demás circunstancias de nuestro diseño personal. Una vez aceptada la ley común, llámese Constitución o como fuere, cada cual es libre de buscar la excelencia o la felicidad como desee. Puede intentar no parecerse a los demás o buscar entre ellos los modelos que le resulten más atractivos. A todo lo largo y ancho del país en que se instala territorialmente su ciudadanía se encontrará por igual como en su casa. No estará sellado totalitariamente por una identidad decretada por su nacimiento o por las ideas del grupo social en que ha nacido: él mismo habrá de buscarse las identidades —siempre múltiples— que le parezcan más propicias para su trayectoria biográfica. Y lo más importante: nadie podrá arrebatarle su derecho de ciudadanía que le faculta para decidir junto con los demás, pero él tampoco podrá prohibir ese derecho a nadie ni prohibir a otros tomar decisiones sobre las cuestiones generales del país que afectan a todos.

Las libertades democráticas incluyen una carga de responsabilidades y exigen una serie de requisitos para poder ejercer la ciudadanía, sin los cuales esta queda convertida en un vacío título halagador que poco significa en realidad. Por eso el ejercicio de la democracia implica la educación como primera obligación pública. Ya era así en la Grecia de Aristóteles y lo es aún más en la época moderna. La enseñanza no sólo debe ocuparse de la instrucción, sino también de la educación cívica propiamente dicha. O sea, debe adiestrar en el mejor modo de utilizar la delicada maquinaria política, mostrar las razones para obedecer y también los casos en que es legítima la desobediencia, además de la importancia de que se respeten una serie de elementos vertebradores del país, tanto ideológicos como simbólicos. No se puede educar en la mutua hostilidad y la discrepancia a quienes han de vivir juntos.



A no ser que se pretenda que la vecindad de los otros les resulte insoportable y lleguen a anhelar a toda costa separarse de ellos, objetivo de los educadores separatistas (luego volveremos sobre ello).

Ante todo, es importante mantener una lengua común que vehicule la enseñanza, sin que ello sea óbice para continuar apreciando y valorando las lenguas regionales, que también existen en todos los Estados europeos sin excepción. Este es un aspecto que no ha logrado cumplirse satisfactoriamente en Bélgica, con los malos resultados ya conocidos. Ni tampoco en España, y hay razones históricas para ello. Por ejemplo, ¿por qué Francia, en la que también hay regiones en que se habla el euskera, el catalán, el occitano y, además, el bretón y el corso, no ha conocido en este campo conflictos tan radicales como España? En el país vecino es —¡afortunadamente!— inimaginable la existencia de una inmersión lingüística que convierta en casi imposible estudiar en la lengua común. Al contrario, el mantenimiento y el respeto a esta es la base de una educación igual para todos, que garantice las mismas oportunidades a cada uno de los neófitos. Una verdadera formación cívica laica, no sólo en el terreno religioso sino también en aspectos históricos, filosóficos, etcétera, que propicie un fundamento intelectual común a partir del cual cada uno podrá desarrollar su individualidad. Hasta el punto que el recién nombrado ministro de Educación Nacional (así se llama este departamento), Jean-Michel Blanquer, cuando presentó ante los medios los puntos de reforma que piensa adoptar el gobierno de Macron en este campo fundamental, empezó diciendo: «Cuando hablamos del Ministerio de Educación Nacional nos referimos en primer lugar a la lengua francesa». En España sería imposible decir semejante cosa sin suscitar un escándalo mayúsculo. ¿Por qué? Porque en Francia ha habido una educación pública de calidad desde hace al menos dos siglos, mientras que España ha carecido de ella hasta hace bien poco. En nuestro país, la educación fue cosa de minorías y estuvo principalmente en manos de órdenes religiosas, que cultivaban las lenguas regionales y por supuesto no fomentaban el laicismo ni la neutralidad científica. De modo que la enseñanza no sirvió por lo general para cimentar la unidad democrática de la ciudadanía sino más bien para multiplicar las actitudes sectarias que desconfiaban sistemáticamente del gobierno central de la nación. Ni que decir tiene que la fragmentación de las competencias educativas en las autonomías de estos últimos años ha exacerbado lo que siempre fue una dolencia endémica en el país.

La combinación de nacionalismo regionalista y de integrismo religioso trajo el carlismo, que orquestó guerras en el País Vasco y Cataluña e impidió que los elementos de una democracia liberal aportados por el lado emancipador de la Revolución francesa arraigasen en nuestra España. Fue la permanente subversión carlista, disfrazada o sin disfrazar, la que hundió tanto a la Primera como a la Segunda República Española... ¡pese a que ahora los herederos de ese movimiento fundamentalmente antimoderno, los separatistas vascos y catalanes, se presenten como los auténticos reivindicadores de las esencias republicanas! La obsesión del carlismo es que su centro de poder sea considerado tan importante como el del Estado. Nunca entendieron por qué ellos no podían tener también su propio Estado, ya que había otro que no les gustaba. De igual manera, ahora los gobiernos vasco y catalán (este al menos cuando se avenía hasta hace cinco años a funcionar dentro de los cánones), siempre que exigen hablar con el gobierno del Estado, hacen hincapié en la bilateralidad: de tú a tú, faltaría más, a ver qué va a ser esto, oye. Me recuerdan aquella anécdota contada por Larra, que tenía especial «cariño» a los carlistas. Un amigo suyo francés cruzó la frontera por Irún para viajar a Madrid, pero al poco fue detenido por una patrulla carlista que lo tuvo varias horas semiprisionero. Impaciente, el francés preguntó qué ocurría, a qué se debía la situación bélica que se vivía allí, y uno de sus captores repuso con displicencia: «Nada, que Madrid se ha sublevado contra Vitoria».

La extensión de las autonomías por España, el famoso «café para todos», cuyo objetivo era encauzar y diluir las pretensiones nacionalistas, terminó multiplicando por emulación y rivalidad los nacionalismos ya existentes. Ya antes de la guerra civil, Ortega y Gasset, en *La redención de las provincias*, señaló clarivamente que el mal de nuestro país era que los españoles vivían con gran arraigo sentimental sus pertenencias locales, basadas en el folklore y los pugilatos vecinales, pero carecían del sentido patriótico y cívico del Estado nacional que las abarcaba a todas. Sin embargo, también el filósofo madrileño equivocó la cura para este mal que diagnosticaba acertadamente. Hoy, en España, la mayoría de la gente —y no sólo los que carecen de estudios o hablan desde la pueril veneración del campanario propio— se siente con más o menos fervor ciudadano de su pueblo, pero rara vez de su país. Aquí lo que gusta es ser lugareño. Padecemos

intranacionalismos que van desde un grado cero benigno y a veces simpático de apego al terruño hasta una fiebre mucho más elevada en las llamadas «comunidades históricas» (como si las demás no lo fueran), que pretenden tener unos derechos prepolíticos que nuestra Constitución, con el bienintencionado propósito de contentar a los que sólo engordan cuando exhiben su descontento, reconoce imprudentemente (aunque, eso sí, sin mayores precisiones). Por eso, cuando los defensores del régimen constitucional discuten con los nacionalistas, terminan utilizando el mismo lenguaje que ellos; o sea, que empiezan por darles la razón aunque luego pretendan quitársela. Hemos oído repetir mil veces que hay que modificar nuestra ley fundamental hasta que catalanes, vascos, gallegos o andaluces se encuentren «cómodos» en ella, como si un Estado democrático fuese una especie de hotel playero. Y esa comodidad tiene que venirles por el reconocimiento incansable de sus diferencias, en muchos casos inventadas o magnificadas para la ocasión, y no en las plenas garantías y derechos de su condición de españoles libres e iguales. Cuando uno (y el uno que esto firma lo ha hecho varias veces) se atreve a decir que categorías como «catalanes» o «vascos» se refieren al mundo de los usos y costumbres culturales, pero que no existen como determinaciones políticas fundamentales y diferenciadas, es visto como una especie de monstruo mussoliniano de la peor especie.

La ciudadanía democrática moderna no la da el terruño en que se vive, ni los apellidos de raigambre local, ni la apelación a leyendas ancestrales que sustituyen a la historia efectiva con sus fantasías, sino la aceptación de una ley común establecida por todos los ciudadanos constituidos como cuerpo político abstracto, que establece una base de derechos y deberes iguales a partir de la cual cada uno puede buscar su propio perfil de identidad. Precisamente lo que compartimos unidos es lo que nos faculta luego para expresar nuestras diferencias, mientras que de un reino de taifas dirigido por caciques locales sólo puede salir una multiplicación estéril de las burocracias y una permanente incitación a la discordia disgregadora. En España, los Estatutos de Autonomía no reconocen tipos de ciudadanos diferentes, sino españoles empadronados en Cataluña, el País Vasco o donde sea, que en un régimen descentralizado como el de nuestro país (menos centralista que algunos federales) tienen el derecho y la responsabilidad de gestionar a su modo los asuntos que les tocan más de cerca. Pero no los fundamentales que afectan a todo el país, a las relaciones de política exterior, etcétera. Los

Estatutos de Autonomía son la forma española de administrar la diversidad de situaciones geográficas, económicas y de otra índole que se dan dentro de la nación que compartimos, no el permiso para despedazarla. Los nacionalistas catalanes —y algunos que directamente no lo son pero llegan a parecerlo de puro bobos— vieron en los ajustes que impuso al Estatuto el Tribunal Constitucional un terrible agravio. ¡Alterar lo que había sido aprobado en referéndum por los catalanes! Pues sí, ¿por qué no? También el resto de las leyes aceptadas por las demás instancias legisladoras han de someterse a la misma revisión, si hay dudas de su constitucionalidad. Y por encima de los Estatutos está la Ley Suprema, válida para todos los españoles y que pone por encima de los demás intereses lo que es útil para la nación constitucional. De modo que, cuando oigo ahora hablar de una reforma constitucional como remedio a los desvaríos separatistas de Cataluña, me pongo en guardia. ¿Habría que acomodar la Constitución para que obtenga mayor autogobierno la parte de España que peor y más traicioneramente ha empleado el que ya tiene? Y especialmente equivocado me parece el uso de la expresión «cuestión territorial» para señalar lo que debe sufrir cambios en esa Constitución venidera. ¿Qué les pasa a los territorios españoles? ¿Acaso conceden algún poder político positivo o negativo a quienes viven en ellos? ¿Hay que realizar un exorcismo constitucional a los territorios para que los abandonen los demonios separatistas, como se hace en las casas embrujadas? No hay ninguna «cuestión territorial» en España, como no sea el contencioso de Gibraltar. Por lo demás, habría que gritarles a los políticos: «¡Es la ciudadanía, estúpidos!».

Desde luego, para llegar a donde, por desgracia, estamos ha sido necesaria una labor ideológica de malversación educativa o, mejor, de deseducación anticívica. Lo que salía de fábrica eran personas corrientes, parecidas a sus vecinos, inclinadas a llevarse razonablemente bien con el grupo humano y político que los rodeaba. Pero de esa materia prima hay que sacar «catalanes» o «vascos», algo distinto e inconfundible, imposible de mezclar con el resto de los ciudadanos españoles. Porque, vamos a ver, ¿en qué se nota que un catalán lo es genuinamente? No es cuestión de lugar de nacimiento, porque la cuna deja una traza muy somera, fácil de sustituir: de hecho, varios de los más arriscados líderes del separatismo catalán han nacido fuera de Cataluña. Iñaki Anasagasti, que fue compañero mío de colegio donostiarra en los marianistas de Aldapeta, nació en la transoceánica Venezuela y yo en pleno

centro de San Sebastián: él es un vasco como es debido, miembro del PNV, y yo un *euskohereje* de la peor clase. Naturalmente, Iñaki nació por azares históricos allende los mares y yo, por otros igualmente imprevisibles, en la calle Garibay, pero... ¿en qué nos diferenciamos del resto de los seres humanos, todos nacidos acá o acullá por puras casualidades? De modo que el lugar de nacimiento no es lo más relevante cuando de ardor nacional se trata. ¿Lo será la familia, los ancestros? ¡Busquemos nuestras raíces, pues! Pero las personas no tenemos raíces como los árboles, como señaló con razón George Steiner, sino piernas para marchar a donde nos dé la gana. Padres de muchos apellidos vascos se fueron jóvenes de casa y engendraron progenie con mujeres de otras latitudes y, desde luego, de muy diferente genealogía. En dirección opuesta, gente de los más diversos orígenes españoles o europeos buscó acomodo en la próspera Cataluña y mezcló sus genes con otros de allí mismo, produciendo mestizajes variados y enriquecedores. Por hablar del hombre que tengo más a mano, como diría Unamuno, yo mismo nací de padre granadino y madre madrileña, con una abuela criada en Buenos Aires y bisabuelos catalanes, pero como queda dicho, nací y crecí en el País Vasco. Si nos obligan a mí o a tantos otros a ser fieles a nuestras raíces, nos ponen en un compromiso. Además, toda insistencia en los ancestros, la pura cepa y la limpieza de sangre nos retrotrae a momentos históricos que más vale olvidar. Por supuesto, aún menos podemos llamar catalanes o vascos a quienes viven actualmente en esas autonomías, porque todos habitamos la tierra como peregrinos y un día estamos aquí y otro allá, buscando trabajo o siguiendo a una novia. Todos esos incidentes de cuna y cama, junto con gustos gastronómicos, aficiones deportivas, lenguas que conocemos y lenguas que hablamos, etcétera, son muy interesantes desde el punto de vista biográfico de cada cual, pero tienen poca fuerza para determinar la ciudadanía política. O para desmentir la que nos concede el Estado de derecho al que estamos adscritos.

De modo que, si queremos obtener catalanes o vascos de pura cepa, sean cuales fueren sus orígenes y su deambular por el mundo, habrá que fabricarlos. Y habrá que encontrar un rasgo característico, inconfundible, a poder ser indeleble, que los selle como tales para mayor gloria del separatismo militante. Ese rasgo habrá que imponérselo como la circuncisión o la ablación del clítoris: cuanto más pequeños, mejor. Y esa marca nacionalizante no es otra que el odio a España y a todo lo que suene a

español. O, si prefieren, la costumbre adquirida de llamar «español» a cuanto se odia. Para acuñar ese bautismo que imprime carácter están la educación y la acción incansable de los medios de comunicación oficiales de la región. Hace años, la inmersión lingüística hizo una purga de cientos de maestros de lengua castellana, que fueron sustituidos por otros que enseñaban en catalán pero con la ideología puesta. Una vez bautizado por la acción conjunta de escuelas adoctrinadoras y de EITB, TV3, Catalunya Ràdio y demás (¡hasta corre suelto por ahí un Ómnium llamado «Cultural», imagínense!), el auténtico vasco o catalán así manufacturado odiará espontáneamente lo español y a los españoles, los detestará con la mejor conciencia del mundo, y estará listo cuando suene la llamada de la Patria para empeñarse con todas sus fuerzas en separarse de aquello con lo que se le ha enemistado y en rechazar como traidores a aquellos de sus convecinos que no compartan su fobia. De ahí han brotado los separatistas irreductibles, como aquellos guerreros griegos de la fábula nacieron de los dientes de dragón sembrados en terreno fértil. Y en vano se buscará un acuerdo político que satisfaga conciliadoramente sus ansias con el resto de los ciudadanos españoles, pues mientras esa educación y esos medios de masas sigan siendo lo que son (y no hay que olvidar los púlpitos, que también son útiles en su labor de refuerzo), seguiremos teniendo, patentes o latentes según las circunstancias del momento, los factores de la discordia civil cuyas nocivas consecuencias hemos padecido durante décadas —incluso con crímenes— y seguimos sufriendo actualmente. El adoctrinamiento separatista descubrió y ejerció la «posverdad» (hoy tan de moda) desde mucho antes de que Donald Trump saliese de su Torre Dorada. Eso es lo que hay y no otra cosa, para qué engañarnos.

Para quienes no llevan ese sello diabólico en la frente o quienes aún lo tienen superficialmente grabado, voy a recapitular ahora las siete razones fundamentales por las que el separatismo es un achaque político que hay que evitar y combatir.

## 1. Es antidemocrático

Los portadores de derechos son los ciudadanos, no los territorios (ni los ciudadanos hablando en nombre de los territorios). Cualquier ciudadano es igualmente dueño político de cualquier parte del Estado, porque ninguna

pertenece en exclusiva a quienes ocasional o secularmente tienen los pies puestos en ella. Hablar de una «ciudadanía catalana» o «vasca» es como referirse a aquella «equitación protestante» con la que bromeó Borges. El referéndum celebrado (más o menos) el 1-O era inválido no por carecer de transparencia, censo fiable de votantes, recuento limpio, etcétera, sino porque convocantes y participantes carecían de competencia para decidir por sí solos lo que era de todos. Si se hiciera un referéndum «con todas las garantías» (como solicitan al tuntún los de Podemos), la primera de ellas tendría que ser que votasen todos los ciudadanos del país, porque Cataluña es igualmente de todos. Y para eso habría que convencer a los ciudadanos de que aceptasen plantearse la cuestión, lo cual por supuesto no sería obligatorio y habría buenas razones para rechazarlo.

## 2. Es retrógrado

Porque plantea una ciudadanía basada en el terruño, en la identidad étnica, en la lengua única. En vez de seguir el camino contemporáneo de desnacionalizar lo más posible la ciudadanía, desligarla del pasado y centrarla en los deberes y derechos —es decir, en las garantías— del futuro, vuelve a convertir a los ciudadanos en siervos de la gleba políticos, definidos por aquello que rechazan y detestan más que por lo que son. El «nosotros» de los separatistas es siempre «no a otros». Y marca un regreso al tradicional caciquismo hispánico, que sabotó concienzudamente las promesas liberales y sociales de la democracia española en el siglo XIX y comienzos del XX.

## 3. Es antisocial

Quienes creemos en las pautas socialdemócratas (hoy presentes en los países más estables y desarrollados, aunque los dirijan partidos aparentemente de distinto signo político, v. gr. la Alemania de Merkel) sabemos que el Estado social debe ser fuerte para no admitir más privilegios locales que los que pueden revertir en mayor bienestar para todos, y lo suficientemente centralizado para garantizar la igualdad de los servicios públicos en todo el país. El único argumento para mantener cualquier disparidad fiscal entre regiones es que sea en beneficio común, no en nombre de «derechos históricos», que son algo así como las brujas de Zugarramurdi de nuestro

ordenamiento jurídico y deberían desaparecer si hay una reforma constitucional. Además, una ciudadanía ligada al fraccionamiento de los territorios perjudica a los inmigrantes que aspiran a ella y que pronto serán una cuota importante de las poblaciones europeas.

#### 4. Es dañino para la economía

Así está quedando patente en la huida de empresas ante el anuncio de la independencia unilateral de Cataluña. Crear fronteras internas y multiplicar los aranceles en un espacio de mercado que hasta ayer estaba unido es un atentado al desarrollo económico y afecta sobre todo a los pequeños empresarios y comerciantes. Ni los ingleses van a vivir mejor después del *brexit* ni tampoco los catalanes (los vascos son más avisados al respecto, ya dijo Arzallus que «no querían la independencia para plantar berzas») si rompen un tablero común del que tantos beneficios obtienen. Y ello una vez ampliamente demostrado que los agravios económicos que denunciaron no son reales y que no era «España» quien les robaba, sino una importante y muy reconocida familia de la casta nacionalista. Por supuesto, en todos estos vaivenes económicos son los más vulnerables —es decir, los pobres, para entendernos— quienes más padecen la discordia.

#### 5. Es desestabilizador

También hemos tenido ya casi un lustro para comprobarlo, y más en los últimos tiempos. El país se divide en banderías opuestas, se fomenta la inseguridad institucional, jurídica, etcétera, y las fuerzas de orden público se convierten en jenízaros al servicio de caciques locales. Además, brinda una oportunidad de oro para aumentar su cuota de poder a las fuerzas políticas antisistema (Podemos, EH Bildu, CUP) que sólo aceptan formal y transitoriamente las formas democráticas mientras esperan adquirir suficiente peso pescando en río revuelto para sacudírselas en cuanto les convenga. Otras fuerzas totalitarias, como el III Reich, ya se apoyaron en su día en movimientos separatistas de las potencias europeas para zapar su fuerza y someterlas. A mi entender, Podemos —que juega cuando le conviene a favor del separatismo sin aceptarlo explícitamente en su ideario— significa una amenaza mayor a medio plazo para las libertades democráticas de España que cualquier partido nacionalista.



## 6. Crea amargura y frustración

Siempre que se deshace un país que llevaba mucho tiempo unido, no digamos si son varios siglos, aunque sea con consentimiento legal, deja una ristra de dramas personales y familiares, como se ha visto en Pakistán, en Yugoslavia... en muchos sitios. La generación que padece la división, sobre todo cuando ha sido precedida y acompañada por una campaña de odio social al distinto fomentada por la educación sectaria y los medios de comunicación criminógenos, queda inevitablemente traumatizada y a veces duraderamente resentida. El que pierde a sus compatriotas sufre algo más que un daño administrativo o una serie de molestias burocráticas...

## 7. Crea un peligroso precedente

No sólo dentro del país despedazado, porque si un territorio se separa a las bravas o incluso por las buenas pronto surgirán otros contagiados de lo que Freud llamó «el narcisismo de las pequeñas diferencias» que pretenderán seguir el mismo camino. También en Europa, donde ya existen amenazas a esa unión que tantas esperanzas civilizatorias planteó procedentes de los Estados nacionales y que sería aniquilada si opta por dar rienda suelta a los sentimientos disgregadores de vascos y catalanes en Francia, bretones, corsos, partidarios de la Liga Norte italiana, bávaros, etcétera. Esperemos que esta muy real amenaza en perspectiva baste para que los miembros de la Unión Europea apoyen sin fisuras al Estado español en su tarea de atajar el separatismo, recordando que ya una vez en el pasado siglo el enfrentamiento civil en España fue una especie de ensayo general del enorme y sangriento que luego desgarró toda Europa.

Concluyo con unas palabras del gran escritor catalán Josep Pla, escritas a raíz de la intentona de crear un Estat Català en el año 34 del pasado siglo: «Los hombres de Esquerra, que gobernaban en la Generalitat de Cataluña, a pesar de la magnífica posición de privilegio que no había conocido nunca ningún partido político catalán, han creído que tenían que ligar su suerte a la política de los hombres más destructivos, más impopulares y más odiados de la política general. Se han equivocado y lo han pagado caro. Han comprometido, sobre todo, lo que tendría que haber sido sagrado para todos

los catalanes de buena fe: la política de la Autonomía, el Estatuto de Cataluña. No nos corresponde a nosotros hacer un juicio histórico sobre esta oligarquía que desaparece. Diremos sólo que Cataluña sigue con su historia trágica, y que sólo eliminando la frivolidad política que hemos vivido últimamente se podrá corregir el camino emprendido». (*La Veu de Catalunya*, 10/X/1934.)

ESTOCADAS

(Si en ocasiones los españoles no entendemos bien lo que ocurre en Cataluña, imagínense los extranjeros. Este artículo se hizo para que nuestros amigos hispanoamericanos se pusieran, dentro de lo posible, al día de este triste asunto.)

## LA INVENCION DE CATALUÑA<sup>[1]</sup>

Cuentan que, en cierta ocasión, el reputado filósofo catalán Ferrater Mora, que trabajaba como profesor en los Estados Unidos, visitó a Jordi Pujol a requerimiento de este. El *president* le preguntó por la opinión que tenían los yanquis sobre Cataluña y Ferrater repuso que lo ignoraban todo de la región, empezando por su mera existencia. Preocupado, Pujol dijo que había que hacer algo para dar a conocer a los americanos la presencia en el universo de Cataluña, y Ferrater, socarrón, apuntó: «Hombre, un terremoto podría ayudar...».

Ahora, cierto terremoto político está ayudando a dar a conocer a Cataluña en Europa y América, aunque desde luego no del mejor modo posible. Si en la propia España hay mucha gente que no comprende el conflicto catalán, imaginen ustedes lo que puede llegar a entenderse en países extranjeros y menos familiarizados con nuestros dimes y diretes. Es significativo a este respecto que uno de los personajes extranjeros que apoya la independencia de Cataluña sea el revoltoso *hacker* narcisista Julian Assange, para quien España quiere abusar de Cataluña como don Quijote se aprovechaba (?) de su escudero, llamado según él... ¡Pancho Sánchez!

En realidad, lo que cuesta comprender tanto fuera como dentro es que las democracias modernas no están formadas por territorios ni por clanes étnicos, sino por ciudadanos libres e iguales. Por decirlo más provocativamente, desde el punto de vista de la soberanía democrática no existen Cataluña ni los catalanes, así como tampoco Castilla y los castellanos, etcétera. Ningún Estado democrático actual está formado por fracciones territoriales con derechos distintos a los del conjunto de los ciudadanos. Si decimos que los ciudadanos son iguales a despecho de sus diferentes sexos, etnias,

preferencias eróticas o estéticas, creencias, etcétera, no es porque ignoremos que existen varones y mujeres, negros y blancos, o creyentes y ateos. Pero esas determinaciones, por relevantes que sean en lo personal, no condicionan la identidad política de cada socio de la democracia, que está por encima de ellas y es igual para todos. Lo mismo ocurre con la pertenencia a tal o cual territorio del país, por nacimiento, domicilio o elección cultural. Sin duda hay personas que, preguntadas por esta característica de sus vidas, se definirán como catalanes, vascos, extremeños... o mestizos de varias, que son los más frecuentes. Pero lo mismo que no admitimos que sobre asuntos que afectan a todos puedan decidir sólo los blancos, o las mujeres, o los católicos, tampoco puede admitirse que esas cuestiones puedan decidirlas por separado los catalanes o los andaluces. El derecho a decidir es el poder de participación democrática que tienen todos los ciudadanos, no una herramienta de la que gozan algunos para prohibir que en ciertos temas intervengan los demás.

Nada de esto parece demasiado difícil de entender, salvo que uno abandone el método racional y se entregue al entusiasmo de sus prejuicios. Entonces, los racistas negarán el voto a la gente de color «porque es inferior», los mahometanos rechazarán los derechos ciudadanos de los cristianos porque son infieles, y los nacionalistas catalanes excluirán al resto de los españoles del derecho a decidir en Cataluña que preconizan porque creen que esa parte del país de todos les pertenece en exclusiva. Ni más ni menos.

(En la misma línea divulgativa e informativa del anterior, este artículo comenta el panorama de Euskadi dos décadas después de las movilizaciones cívicas suscitadas por el asesinato más emblemático de ETA.)

## **EUSKADI Y EUROPA: EL MISMO COMBATE**[\[2\]](#)

A mediados del pasado mes de julio se cumplieron veinte años de dos acontecimientos que conmocionaron de manera profunda a España. El primero fue la liberación por la Guardia Civil de José Antonio Ortega Lara, funcionario de prisiones y miembro del Partido Popular que había permanecido secuestrado por ETA 532 días. Estuvo todo ese tiempo encerrado en un minúsculo agujero que apenas le permitía dar dos o tres pasos, casi sin ventilación y con poquísima luz. La banda terrorista pedía, a cambio de su liberación, el traslado de los miembros de ETA presos a cárceles vascas, como paso previo a su amnistía. El gobierno español no cedió y los terroristas ya habían decidido abandonar a su suerte a Ortega Lara, que estaba a punto de morir de inanición cuando fue encontrado por la policía. Los cuatro secuestradores fueron detenidos ese mismo día también.

La liberación del secuestrado fue un duro golpe para ETA, ya que en ninguno de sus secuestros anteriores había sufrido un revés semejante. De inmediato, la banda planeó su venganza y, pocos días más tarde, secuestró a Miguel Ángel Blanco, de 29 años, concejal del PP en la localidad vizcaína de Ermua, un pequeño enclave de gente obrera y en su mayoría inmigrante (el propio Blanco pertenecía a una familia modesta). En esta ocasión, ETA dio un plazo de cuarenta y ocho horas para acercar a los presos. En caso contrario, ejecutaría al joven concejal. El gobierno, presidido a la sazón por José María Aznar, no cedió, y Miguel Ángel fue asesinado a la hora fijada de dos tiros en la nuca. Cuando fue encontrado aún vivía, porque el calibre de la pistola utilizada era pequeño para así prolongar su agonía: tenía las manos atadas a la espalda y los asesinos le obligaron a arrodillarse antes de dispararle. Pero entonces ocurrió algo que los terroristas no habían previsto. Toda España había pasado dos días en vilo, paladeando por así decirlo la morosidad del



crimen que ejecutaban los terroristas. En otros atentados todo sucedía súbitamente y la víctima aparecía de modo brusco, sin historia que la precediese, casi como si hubiese sido atropellada o hubiera sufrido un accidente. Pero en el caso de Miguel Ángel Blanco nos dio tiempo a conocer su biografía, su familia, la lenta angustia del plazo mortal que se acercaba. Aquello ya no se parecía a un acto de guerra —o de guerrilla— sino a una ejecución, al cumplimiento inmisericorde de una pena de muerte como las que Franco había llevado a cabo hasta mes y medio antes de morir. Muchos de los que aún tenían una imagen relativamente romántica de ETA, algo entre Che Guevara y las luchas de liberación anticoloniales, la empezaron a ver a partir de entonces como lo que realmente es: un grupo totalitario dispuesto a imponer por la violencia su proyecto xenófobo y excluyente contra las aspiraciones de convivencia democrática. Y entonces, como digo, ocurrió lo inesperado, lo que ya casi habíamos renunciado a ver: la gente de todos los partidos, de todas las regiones de España, salió a la calle en concentraciones multitudinarias para gritar su «¡Basta ya!» a ETA y a los pseudorazonamientos nacionalistas que justificaban sus fechorías. Fue la mayor rebelión democrática del país y una de las más notables de la Europa occidental en la segunda mitad del siglo xx. Fue llamada «el espíritu de Ermua», porque fue en esta localidad de la que era concejal Blanco donde comenzó la gran protesta ciudadana, encabezada por el alcalde socialista Carlos Totorika.

Esa unidad contra el terrorismo disgregador no duró mucho. Los nacionalistas vascos se alarmaron: aunque por lo general no aprobaban la violencia, estaban convencidos de que una derrota militar y cívica de ETA perjudicaría la causa separatista que compartían con los asesinos. De modo que al año de los sucesos antes contados, tramaron un pacto político con Batasuna (el brazo político de ETA) que excluía a los partidos constitucionalistas —socialistas y populares— e incluía a todos los partidos, sindicatos y movimientos cívicos de signo nacionalista. ETA continuó asesinando y extorsionando varios años más, pero nunca se recuperó del todo de la sublevación del «espíritu de Ermua». Surgieron otros movimientos cívicos antiterroristas y contrarios al nacionalismo obligatorio, el Partido Socialista y el Popular firmaron también un pacto antiterrorista que ilegalizó a Batasuna y se inició el camino irreversible que forzó a ETA a renunciar a la actividad armada en 2011. La aparición de un nuevo terrorismo, el yihadista,

contribuyó también al desprestigio total de la violencia subversiva.

Ahora, veinte años después del secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, los actos de homenaje en su memoria han mostrado la desunión del país en asuntos fundamentales. Muchos ayuntamientos, empezando por el de Madrid (el de Barcelona, aún peor, ni se lo ha planteado), rechazaron celebrar ese aniversario con el argumento falaz de que «no querían establecer distinciones entre las víctimas, todas debían ser tratadas por igual». Pasaban por alto que quien distinguió a Blanco de las demás víctimas fue la propia ETA, al convertir su asesinato en una ejecución y sublevar así a la población española que se había mantenido pasiva demasiado tiempo. Pero hoy, para muchos cargos públicos socialistas y no digamos de Podemos (esta pseudoizquierda demagógica o «populista», si prefieren, siempre se ha mostrado cercana a los herederos políticos de ETA), celebrar la figura de Miguel Ángel Blanco hubiera significado propaganda a favor del Partido Popular, al que aborrecen mucho más que a ETA. Ya pasaron los tiempos en que el «espíritu de Ermua» estaba encabezado por un alcalde socialista...

Es cierto que la violencia terrorista ha acabado y que los etarras organizan entregas más bien simbólicas de sus armas para monopolizar un cierto «pacifismo» de cara a la galería. Desde las instituciones autonómicas, tratan de fijar un relato que diluye los crímenes terroristas en un mar de violencias distintas que se remonta hasta el franquismo. Todos somos criminales, luego todos somos inocentes. Los partidos políticos herederos de ETA ocupan cargos en el Parlamento vasco y en las instituciones municipales, sin haber condenado nunca a ETA ni sus acciones violentas: sencillamente dicen que lamentan los sufrimientos padecidos por todos y que renuncian al uso de las armas. Pero hay algo importante que el resto de los europeos no debería olvidar: la lucha contra ETA y el nacionalismo que se beneficiaba políticamente con la amenaza que ejercía la banda terrorista no fue únicamente una cruzada contra el crimen. También supuso la denuncia de un separatismo que —como hoy ocurre en Cataluña— ha querido y sigue queriendo fragmentar los derechos de los ciudadanos libres e iguales en nombre de la pertenencia a territorios radicalmente incompatibles dentro del Estado. Esa tendencia a la exclusión, aunque haya renunciado a la violencia armada, amenaza no sólo el principio básico de los Estados europeos sino también el futuro de la Unión, frágil y tambaleante, que se propone reunirlos

en instituciones democráticas comunes. Como en los años treinta del siglo pasado, en España se libra un combate que mañana puede ser el de Europa entera. Conviene no olvidarlo ahora que tantos sectarismos se oponen a la razón común.

(Desde hace muchos años, al principio casi por intuición y luego con mejor conocimiento, el tema de nuestra lengua común me ha parecido que debía ser central en las preocupaciones culturales y políticas de un demócrata progresista. Otros se resistieron a aceptarlo —descuento a los interesados en negarlo— y me decían que en Cataluña no había ningún problema lingüístico, que era una reclamación ficticia de semifachas, que los que hacíamos de buena fe la denuncia estábamos obsesionados por el caso del País Vasco, etcétera. Hoy queda poca duda de que la enseñanza en y del catalán es un instrumento persistente de adoctrinamiento, que ha creado gran parte de los casos detestables que ahora hacen independentismo. En el País Vasco, el euskera es prácticamente gratuito para quien desee aprenderlo a cualquier edad y también constituye un arma de infiltración sectaria, pero además mueve un fabuloso negocio subvencionado de academias, cursos, páginas online, etcétera. Ninguno de los así beneficiados se atreverá nunca a votar a un partido menos nacionalista que los que hoy promueven con tanto entusiasmo esta sinecura... Esperemos que cualquier reforma futura de la Constitución sirva para consolidar el papel educativo y administrativo de la lengua común, nunca para disminuirlo rebajando su estatus en las comunidades que tienen también otra lengua propia.)

## ESTAFADORES[3]

De entre los empeños políticos en que me he visto inmerso a lo largo de mi vida —no todos fracasados— del que me siento relativamente más orgulloso es el Manifiesto por la Lengua Común, que firmó un plantel de figuras relevantes de todos los campos como creo que nunca antes se habían reunido ni nunca se han vuelto a reunir. Por supuesto, no se trataba de defender al castellano o español (como lo llaman fuera de España), que se las vale muy bien por sí mismo como demuestra su número enorme y creciente de hablantes. Ni mucho menos de avasallar a las otras lenguas españolas de ámbito regional, que forman parte de un patrimonio cultural que consideramos propio incluso aunque no sepamos manejarlas. Lo que se reivindicaba era la importancia política de tener una lengua común en la que todos podemos comunicarnos por encima de otras diferencias culturales y el derecho a utilizarla en la educación o las relaciones administrativas en cualquier parte del país. Porque la lengua común vincula institucionalmente nuestra diversidad, no la aniquila: permite la unidad de lo plural.

El debido reconocimiento a las otras lenguas territoriales ha sido utilizado por el separatismo como palanqueta para forzar ideológicamente la soberanía igual de todos los españoles. Se ve en mil detalles incluso menores, como esos exámenes de selectividad en Baleares, donde las pruebas sólo se facilitan en castellano a los alumnos que protestan y las reclaman. Y aun así los docentes nacionalistas consideran que esta «concesión» equivale a fomentar «el odio y la fobia contra el catalán», lengua en la que no hay el mínimo impedimento para examinarse. Cuando se pregunten cómo se ha llegado a parcelar nuestra ciudadanía y de dónde surge el antagonismo

irracional entre las partes y el todo, aquí tienen la respuesta.

(El adoctrinamiento educativo es uno de los culpables principales de que tanto en Euskadi como en Cataluña se siga reproduciendo esa planta carnívora artificial, el separatista feroz. El otro culpable es el conjunto de medios de comunicación autonómicos que pagamos todos: EITB, TV3, Catalunya Ràdio... El caso del cual hablo en este artículo me conmovió especialmente y es significativo.)

## A CASA[4]

Izar es la hija de tres años de Sara Majarenas, condenada por pertenencia a ETA. La criatura vivía interna con su madre en la prisión donde esta cumplía condena y sufrió graves heridas al ser acuchillada por su padre durante una salida de fin de semana. El miserable quiso así vengarse de la mujer. Ahora Izar se repone de sus heridas y comparte con su madre un hogar de acogida en la provincia de Madrid. Una reciente manifestación en San Sebastián pidió que Sara fuera excarcelada a fin de que ambas se trasladaran a Donosti para que Izar pudiera empezar el curso en una ikastola. Yo leo esta historia con una emoción punzante y rara que no les cuento porque caería en la sensiblería. Sólo diré que por ayudar a Izar haría todo lo que esté en mi mano.

¿Que venga cuanto antes a Donosti? Pues es la ciudad que prefiero en el mundo, de modo que también se la deseo. Pero tengo mis dudas. Uno de sus posibles maestros en la ikastola asegura que el caso es grave «porque la niña va a tener que estudiar en un idioma que no es el suyo». Y la portavoz de la plataforma que reclama su venida a Donosti insiste en que es «una niña vasca» recluida en un piso de Alcobendas, que «va a ser obligada a escolarizarse en un colegio de allí» en vez de en donde tiene sus lazos culturales y sociales. No es verdad: la niña ha nacido en una cárcel de León, creo, por el azar del mundo (como todos). Es ciudadana española y, por tanto, su lengua es el castellano, tanto como el euskera si quiere aprenderlo. Lo importante es que se eduque bien, para no caer en los errores maternos. Y si tiene lazos «culturales» que la obligan a ser vasca sin preguntar su opinión y a renunciar al castellano por decreto, mejor es que no caiga en ellos y siga en Alcobendas.



(Que gran parte de los intelectuales que he conocido son de una notable cobardía es evidente: por eso los peores de ellos adoran a los dictadores, cuanto más uniformados mejor, porque encarnan la brutalidad que siempre fascina a los agachadizos. Yo creía que en el País Vasco no se comprometían por miedo a un peligro físico, el representado por los terroristas de ETA. Pero después, en casos como el golpe separatista en Cataluña, donde apenas hay peligro físico, también se muestran secretamente asustados: en este caso, el peligro es no gustar a su público, al que imaginan mayoritariamente de izquierdas, pobres. Aunque quizá soy injusto con ellos: puede que no sean cobardes sino sencillamente que no entienden lo que pasa y, fuera de los clichés, no saben qué decir. Tienen inteligencia, claro, pero una inteligencia rasante, gallinácea, que basta para escribir una novela de éxito o dirigir una película pasable, pero no va más allá. De modo que se refugian en el «ni con unos ni con otros» que les da una irrisoria sensación de superioridad y les permite asilarse en santuario.)

## LOS ABSTEMIOS[5]

En su *Diccionario del Diablo*, Ambrose Bierce define al abstemio como «una persona de carácter débil, que cede a la tentación de privarse de un placer». Los bebedores, que somos un grupo humano de excepcional tolerancia y amplitud de miras, no tenemos prejuicios contra los abstemios, pese a recordar que Adolf Hitler y Donald Trump figuran en sus filas. No se debe juzgar a un colectivo por sus miembros más defectuosos, tal es nuestro lema. De modo que nada tenemos contra quienes reconocen que no beben porque les sienta mal el alcohol, no les gusta su sabor, padecen dispepsia o se marean enseguida, lo que los lleva a conductas inapropiadas como cantar jotas o confesar desfalcos. Nuestro respeto y compasión fraterna para todos ellos. Pero a quienes no podemos aguantar es a los que para justificar su abstinencia calumnian a la bebida como fuente de todos los males imaginables, violencia familiar, accidentes de tráfico, acoso a vírgenes de ambos sexos, cirrosis, calvicie y otras plagas más. Estos vocingleros pretenden situarse más allá de todas las bodegas de la vida y miran por encima del hombro a quienes consumen plácidamente su aperitivo. No se dan cuenta de que confunden el uso con el abuso y consideran abuso a todo uso que ellos no comparten. Ni que decir tiene que algunos ex alcohólicos suelen ser los más intransigentes, lo cual tiene un punto disculpable.

He notado que frente a ese brebaje embriagador que es el nacionalismo se da una actitud parecida. Me refiero ante todo al gremio de literatos y artistas, lo que nuestro padre Hegel llamaba «almas bellas»; es decir, quienes «temen empañar con la acción la honestidad de su interior y que para no renunciar a su refinada subjetividad sólo se expresan con palabras y cuando pretenden elegir se pierden en la absoluta inconsistencia». Ante la droga arrebatadora del nacionalismo, se encabritan como potros que ven una víbora en su

camino. No comparten los fervores separatistas del nacionalismo en Cataluña o el País Vasco porque abominan de cualquier planteamiento nacional, sea el que sea. No quieren tener nada que ver con la nación porque siempre contagia y mancha de vulgaridad procelosa a los espíritus superiores. Adscribirse a una nación es cosa anticuada y sumamente peligrosa, que arrastra a los mayores desafueros. Nunca se han sentido españoles, ni un minuto, ni en sueños y, por tanto, tampoco vascos, catalanes o lo que sea. Todo lo más, palpitan por una aldea del recuerdo, un barrio, un paisaje de infancia... Detestan las banderas, cualquiera que sea su juego cromático, porque todas obligan a la bandería y acotan la amplitud sin puertas del campo en la estrechez del terreno para la liza o la batalla. Y todas las fronteras les resultan igualmente odiosas, sean vistas del lado de aquí o del de allá. Ellos se sienten libres de la obligación obnubiladora de elegir que esclaviza a los ingenuos y a los devotos.

Como todo lo individualista suele serme simpático, también siento un momento de cercanía hacia estos estrépitos. Después de todo, tengo escrito un libro titulado *Contra las patrias* (aunque resulta ser poco abstemio más allá del nombre, la verdad). Pero el postureo estético cada vez me resulta más indigerible. Cosa de los años, sin duda. Pienso que en un mundo en que tantos sufren por culpa de la traición de las palabras, ninguno debemos hacer piruetas (siempre con red, desde luego) con ellas y sobre ellas. Es nuestro deber explicar claramente lo que tenemos por imprescindible, aunque nos haga desmerecer a los ojos más ilusionados. Los abstemios en materia de nacionalismo a los que me refiero son personas inteligentes que sólo se permiten adoptar el disfraz festivo de la insensatez ante los medios de comunicación. Privadamente conocen y valoran su ciudadanía nacional, aunque prefieran disfrutar de sus cívicas ventajas discretamente, sin hacer pedagogía de tales beneficios para aquellos que viven sometidos sin remedio a la devastación populista. Quedar como héroes de la intemperie y vivir bajo techado, ese es su ideal. Los más articulados, para justificarse, nos dicen que naciones, banderas y ardores patrióticos han traído sangre y dolor, lo cual es indudable. Pero también los lazos familiares y el amor son motivo de corruptelas, nepotismo, celos fatales, venganzas, ceguera interesada o simple ridiculez beata y no hay muchos que proclamen: «Nunca me he sentido ni por un minuto padre de mis hijos», «Aborrezco el amor fraterno», «Me da lo mismo mi madre que la del vecino» o «Enamorarse es exagerar enormemente

la diferencia que hay entre una persona y otra» (esto es de Bernard Shaw, claro).

Uno puede querer a los suyos sin caer en nepotismo ni tampoco volverse nacionalista, lo mismo que todos tenemos apéndice pero no todos padecemos apendicitis (y esto es de Julián Marías, que quede constancia). Como señala Timothy Snyder, «un nacionalista nos anima a ser la peor versión de nosotros mismos, y después nos dice que somos los mejores». Pero es sensato y muy aconsejable apreciar el Estado de derecho —y los símbolos nacionales que lo acompañan— porque es el respaldo de la ciudadanía que nos permite la libertad dentro de la igualdad; o sea, «ser diferentes sin temor» (Odo Marquard, última cita, lo juro). Ser abstemio entre las convenciones que consagran nuestros derechos y los radicalismos que pretenden desmontarlas es ser un cínico si la duda es fingida, o un imbécil si es verdadera.

Pero lo que pretenden sobre todo evitar estos abstemios es que los tomen por gente de derechas, defensores de «lo establecido» (en lo cual, sea lo que fuere, tan favorablemente viven). Ser de izquierdas es optativo, pero no parecer de derechas es obligatorio. *Coram populo*, la única trinchera segura y aceptable es siempre la que está contra el gobierno. Por eso nunca olvidarán, si arriesgan alguna crítica al separatismo antilegal en Cataluña, mencionar enseguida el «inmovilismo» de Rajoy. Es algo reflejo, una sinapsis, Pávlov habría disfrutado: si el gobierno dijese que la Tierra es redonda y la izquierda que es plana, ellos dirían que no es plana pero que ya están hartos de la arrogancia de quienes dicen que es redonda. Desde luego no faltan razones para censurar el inmovilismo gubernamental: en mi opinión, si hubiera actuado con la contundencia debida cuando empezaron los desacatos, algunos personajes o personajillos del *procés* habrían pasado una temporada en la cárcel y ahora estaríamos hablando de problemas importantes y no del referéndum de nunca acabar. Pero claro, no es esto lo que los abstemios hubieran querido tampoco. Porque lo que ellos quieren es... Pero ¿qué quieren los abstemios, además de agua, mucha agua para lavarse las manos de lo que pasa?

(Invocar la necesidad de diálogo es la panacea de quienes no saben qué decir a los separatistas. En el caso catalán, por ejemplo, desde la Diada de 2012 hasta el día de hoy no se ha hecho más que hablar y hablar con ellos, con los peores resultados. Suele contraponerse el diálogo y la ley sin advertir que la ley consiste en aplicar lo previamente dialogado y acordado por el poder legislativo, mientras que el diálogo alegal o inventivo de «nuevas leyes» a lo Pablo Iglesias es consagrar la impunidad del separatismo. En su espléndido discurso del 3 de octubre sobre la situación en Cataluña, el más alto y digno momento de la Monarquía desde la guerra civil, lo mejor de todo fue que Felipe VI no mencionó ni una sola vez la palabra *diálogo*.)

## SOLUCIONES[6]

Hace años, solía asistir a reuniones de periodistas de verdad, no aficionados como yo, que debatían algún asunto problemático de la actualidad para ver cómo enfocarlo editorialmente de manera constructiva. Se le daba muchas e inteligentes vueltas a la cuestión, a veces hasta llegar a lo que parecía un callejón sin salida. Entonces, mi añorado amigo Javier Pradera carraspeaba: «Bueno, a ver qué se nos ocurre, pero nada de decir que debe buscarse una solución imaginativa». Y es que recurrir a esa fórmula ya raída o a otra parecida encubre la falta de ideas presentándola como una respuesta concluyente... que corre a cargo de otros. Uno salva su alma enunciando lo que se necesita y culpabiliza al prójimo por no proporcionarlo tal como se le indica. Algo parecido ocurre cuando frente a un conflicto de intereses de largo recorrido y que ya ha alcanzado un punto de encono grave, incluso en ocasiones trágico, un alma inspirada afirma, como quien ha descubierto la piedra filosofal, que hace falta diálogo. O más diálogo, porque diálogo siempre hay, por él empiezan precisamente las desavenencias. Lo que el diálogo puede resolver nunca llegará a mayores, pero hay cosas que empeoran cuando se pretende dialogar sobre ellas sin tomar en cuenta si se dan las condiciones, que son de tres clases:

- a)* de tema (se puede dialogar sobre las dietas para adelgazar, no sobre las bondades del analfabetismo);
- b)* de respeto mutuo a cierto marco común que no se pone en cuestión;
- c)* de cualificación de los interlocutores.

Los que a pesar de todo siguen repitiendo el mantra del diálogo como si fuese un conjuro, bloquean las soluciones por miedo o pereza a afrontarlas. A los predicadores de las «soluciones imaginativas» y del «diálogo *manque pierda*» los padecemos, incansables, en el País Vasco y en Cataluña. Será culpa del clima...

(Lo más insufrible del golpe de Estado separatista en Cataluña —un golpe de Estado demasiado rococó para el gusto de Curzio Malaparte, sin duda— es que plantea una agresión en toda regla a los principios democráticos sin dejar de dar vivas a la democracia. Y eso lo acepta toda la piara levantisca: los unos porque son ignorantes y les han lavado el poco cerebro que Dios les dio y los otros porque, para ellos, la democracia es pura filfa y lo único importante es el viejo y clásico «¡lo mío, *p'alante!*».)



## LO BÁSICO[7]

Según Nietzsche, las cosas que tienen definición precisa no tienen historia y viceversa. Podemos definir de forma precisa la línea recta, porque el tiempo no le afecta, pero no a un juez, porque desde el código de Hammurabi hasta los tribunales de hoy la cosa ha cambiado sin cesar. La democracia tiene mucha historia a cuestas: reducir su esencia a urnas, votos, voluntad popular y otros tópicos simplificadores es abusar de la credulidad ignara de la gente, aprovechando sus pasiones identitarias, esa xenofobia de fábrica que traemos al mundo hasta que la educación nos la borra... si puede.

Lo característico de la democracia moderna es que los ciudadanos son iguales más allá de su genealogía, su lugar de nacimiento, su sexo, su color de piel, sus creencias religiosas o filosóficas, sus capacidades... Esos rasgos son relevantes para la biografía personal de cada uno, en parte propiciada por las circunstancias pero también creada por uno mismo. Desde el punto de vista político no hay varones, negros, catalanes, mahometanos, aficionados al billar o dotados de buena voz: sólo ciudadanos libres e iguales que comparten una ley común, a partir de la cual eligen su trayectoria en libertad. Si en nombre de una determinación particular una fracción de la ciudadanía pretende segregarse políticamente de y contra los demás, abandonamos la democracia moderna y volvemos al feudalismo medieval o algo peor.

Que un referéndum en que unos se eligen a sí mismos para un reparto de lo que es de todos (sin invitar a los demás) pueda pasar por democrático, es una falta de educación. Y los maleducados no son especialmente ese tercio de jóvenes que no acaba los estudios ni se forma profesionalmente, sino los que tienen carrera y hasta doctorado, pero como si nada.

(El episodio de la supuesta violencia desproporcionada de Policía Nacional y Guardia Civil —ante los Mossos contemplativos— en la jornada del 1-O ha sido uno de los casos de manipulación más cruda y desvergonzada de la opinión pública que hemos visto en muchos años. Da idea de hasta dónde pretende llegarse para utilizar el victimismo espurio como instrumento para victimizar a los no nacionalistas y al resto del orden democrático de España.)

## ***HORROR STORY***[\[8\]](#)

Si les gusta a ustedes la comedia española del Siglo de Oro, deben ir en Madrid al teatro de Bellas Artes, donde se representa una pieza de Cervantes titulada *El rufián dichoso*. Pero si prefieren el esperpento más desabrido, procuren asistir a las Cortes, donde actúa en sesiones de mañana y tarde el dichoso Rufián. Tras el 1-O, mostraba dos fotografías de rostros ensangrentados, mientras acusaba al gobierno de haber enviado a Barcelona a «salvajes» de la Policía y la Guardia Civil. En la misma jornada, otro diputado catalán sumamente excitado, con muestras preocupantes de alteración psíquica, acusaba a las intervenciones policiales el día del dizque referéndum del 1-O de haber causado 893 heridos. Como la afirmación fue acogida por rumores de incredulidad y alguna risa, repitió a voces la cifra añadiendo luego «¡Heridos!», en un berrido de gallo degollado capaz de resucitar a los caídos en la batalla de Maratón. «¡Toda Europa lo sabe ya!», decía, agitando una portada de *The Economist* en la que «Spain» perdía su inicial, que resbalaba desmayadamente hacia un toro banderilleado en la parte inferior de la página, dejando sólo «pain» en la parte superior. Impresionante, claro, lástima que fuese de 2012 y se refiriera al plan europeo de austeridad y no a los antidisturbios...

Fotos de otros años y otras situaciones, incluso de otros países, o descaradamente trucadas. O declaraciones de «víctimas» como aquella señora de Esquerra a la que los represores le habían roto uno tras otro todos los dedos de la mano mientras le manoseaban las tetas. Llevaba un aparatoso vendaje en la extremidad herida... ¡Ah, no, en la mano contraria! ¡Vaya con las prisas! Y a los dedos no les pasaba nada, gracias a Dios, salvo uno que tenía una leve contusión. Más de ochocientos heridos, pero sin hospitalizados ni partes clínicos alarmantes. Vamos, todo pura trola. Pero en Europa los

medios aceptaron el escándalo con hipocresía, como si nunca hubiesen visto utilizar las porras y bastantes métodos coactivos más contundentes en manifestaciones contra el G8 en Francia, en Alemania, en todas partes... De los Estados Unidos llegó una reconvención sobre los males de la violencia policial. ¡De los Estados Unidos, donde la policía mata a un negro por saltarse el semáforo todos los meses! Ah, pero es que en Barcelona se trataba de gente pacífica que sólo quería votar. Aceptemos que la mayoría eran no violentos, aunque no pacíficos: porque la gente pacífica no se moviliza para realizar un simulacro democrático expresamente prohibido, que desafía a leyes fundamentales del país y agrede los derechos de sus conciudadanos. La gente pacífica no desobedece a los jueces ni a la policía y obstaculiza masivamente el orden democrático sólo porque no le gusta, poniendo —eso sí— a niños y ancianos como escudos para ver si ocurría algo gordo. ¡Y luego atribuirán a Donald Trump la patente miserable de la posverdad!

(Antes del referéndum del 1-O se oyeron una sarta de bobadas que podrían hacer dudar de la cordura humana a quien no supiera que esa cordura suele tener un fuerte ingrediente de majadería en muchos de los que más alto opinan. En esta breve nota inventé una competición entre tales engendros mentales, la mayoría de los cuales han vuelto a las andadas después del referéndum...)

## COMPETICIÓN[9]

Soñé con una competición entre los mayores disparates que se han dicho últimamente sobre el golpe de Cataluña: ¡el Derby de las sandeces! Algunas que ayer parecían favoritas se lesionaron y no llegaron a participar, como esa de los «separatistas y los separadores», sustituida por otra de la misma cuadra: Rajoy es el mayor fabricante de independentistas. ¡Ganas de robarle protagonismo a TV3! Con buen cajón de salida y cómoda de peso estaba una de las más rebuznadas, sobre todo por políticos serios: la de que los jueces y las leyes no pueden sustituir a la política. ¿Sabrán por qué se llama el nuestro Estado «de derecho»? ¿Creerán que hay alguna medida política más urgente que la aplicación de las leyes como paso previo a cualquier debate? Con algunos kilos de más (y algo menos de masa cerebral) figuraba todo un clásico popular: el de que aún no hemos liquidado el franquismo. ¿Y por qué no el carlismo, con su romanticismo de sacristanes antimodernos que tanto se parece a lo que burbujea en Cataluña? Pues recordemos que no fue Franco quien trajo el carlismo, sino el carlismo quien trajo a Franco e imitadores. La última inscripción, tras el 1-O, es el de la «brutalidad» policial. Para brutos nada nobles, los que confunden a policías y guardias civiles con vendedores de *souvenirs*, los que se consideran pacíficos mientras violan en masa todas las leyes imaginables y, sobre todo, los que olvidan que los únicos brutalizados son los antinacionalistas grandes y chicos que no se atreven a salir a la calle por miedo a los de las sonrisas...

No sé quién ganará este Derby, pero conozco el lema de la cuadra: «La verdad nos haría libres, pero preferimos la mentira porque nos hará independientes».

(Este discurso fue leído en San Fernando, Cádiz, el pasado 24 de septiembre, 207.º aniversario de la implantación de las primeras Cortes Generales del reino de España. Un momento histórico en el que varios catalanes jugaron un papel destacado, como se verá...)

## **EL ESCUDO DE LA LIBERTAD**[\[10\]](#)

En primer lugar, debo agradecer el honor que me hacen invitándome a hablar en la conmemoración de una fecha histórica tan relevante para la Isla de León y para España entera. Un honor inmerecido, porque no soy historiador ni destaco por mis conocimientos en esa materia, todo lo contrario; pero también un honor yo diría que «inapropiado», porque nunca he sabido desenvolverme bien en los actos oficiales, incluso parece que lo voy haciendo peor según envejezco. Pero a pesar de lo inmerecido e inapropiado de este honor, lo he aceptado y aquí me tienen. Me he sentido obligado a venir por dos razones, una muy personal e íntima, la otra de carácter cívico, de ética ciudadana. Permitan que antes de seguir adelante les explique brevemente estas dos razones.

Hace una docena de años, vivíamos en el País Vasco sometidos al acoso criminal de la mafia etarra y a la imposición en todos los órdenes del nacionalismo obligatorio. Pese a los apoyos oficiales, notábamos que nos faltaba el sostén cotidiano de nuestros conciudadanos del resto del país, porque estábamos convencidos de que la agresión terrorista era un asunto de todos y no sólo de los vascos que lo padecíamos más de cerca. Entonces, una valiente luchadora, que además era el amor de mi vida, tuvo una idea que luego han imitado muchos partidos y activistas sociales: fletar un autobús en el que viajásemos miembros de movimientos cívicos, víctimas del terrorismo, periodistas, etcétera, y recorrer España del uno al otro confín, como diría el poeta, haciendo paradas en el camino para contar lo que ocurría en Euskadi y despertar a la gente que veía el asunto como algo ajeno. Salimos de San Sebastián en un autobús decorado por el gran Alberto Corazón y, haciendo alto en ciudades de todo el recorrido, llegamos hasta Cádiz, donde acabamos nuestra aventura en el Oratorio de San Felipe Neri. De esa hermosa travesía



guardo recuerdos que después la pérdida ha hecho dolorosamente imborrables, pero por encima de todos, el enorme afecto y el desbordante apoyo cívico que encontramos en tierras gaditanas. ¿Cómo no volver, ahora que me llaman desde aquí? Estoy seguro de que Sara nunca me hubiera perdonado tamaña ingratitud.

La segunda razón es que se trata de conmemorar la implantación de las primeras Cortes democráticas de España y en el momento histórico actual, cuando precisamente nuestra democracia sufre uno de los peores y más reaccionarios ataques de toda nuestra posguerra. La implantación de las Cortes en 1810 desafió circunstancias extraordinarias: el dueño de Europa, Napoleón, había impuesto a los españoles un rey según su capricho y amenazaba con sus tropas avasalladoras el propio reducto gaditano. También había enemigos interiores, conservadores que consideraban formulaciones como «soberanía de la nación» y «el rey para la nación y no la nación para el rey» poco menos que como blasfemias decapitadoras como las de la Revolución francesa. Pérez Galdós cuenta con viveza estas decisivas polémicas en el volumen «Cádiz» de sus *Episodios Nacionales*. Por primera vez, otra medida revolucionaria, los diputados no iban representando estamentos, sino a la nación española. Y por nación entendían una entidad abstracta y colectiva, formada por el conjunto de los ciudadanos constituidos en cuerpo político. Como resume inmejorablemente el historiador y profesor universitario gaditano Juan Torrejón Chaves, con cuyos artículos y otras publicaciones he remediado mis lagunas, «la revolución liberal amaneció con nuevas palabras y sagrados conceptos. Surgió entonces una nación soberana e indivisible, constituida por hombres libres e iguales en derechos, cuyo carácter esencial era el de ser ciudadanos, con independencia de todo lo demás: posición social, riqueza o lugar en que se habitara. La voluntad común se erigía así como superior a toda voluntad particular o de grupo». Exactamente lo mismo que hoy la mayoría de los españoles seguimos reivindicando.

Jovellanos comentó que «este congreso, el más grande, el más libre, el más expectable que pueda concebirse» se reunió «para fijar el destino de la nación tan ultrajada y oprimida en su libertad, como magnánima y constante en el empeño de defenderla». El otro día oí a un vocinglero decir que la democracia española era *low cost*. Ah no, señor mío, lo que quiera menos

eso, porque se ha conseguido a un coste muy alto y muy comprometido. Cuarenta y cuatro años después de la fecha que estamos conmemorando, un cronista alemán nada desdeñable consignaba que «ninguna asamblea legislativa había reunido hasta entonces a miembros procedentes de partes tan diversas del orbe ni pretendido regir territorios tan vastos de Europa, América y Asia, con tal diversidad de razas y tal complejidad de intereses; casi toda España se hallaba ocupada a la sazón por los franceses, y el propio Congreso, aislado realmente de España por tropas enemigas y acorralado en una estrecha franja de tierra, tenía que legislar a la vista de un ejército que lo sitiaba. Desde la remota punta de la isla gaditana, las Cortes emprendieron la tarea de echar los cimientos de una nueva España». El cronista que con tono admirativo escribió estas líneas se llamaba Karl Marx.

Llegaron los diputados de la península y ultramar para formar la nación de todos, no para promocionar identidades particulares, como mendigos que exhiben sus muñones a la puerta de la catedral para pedir limosna. La delegación más numerosa fue la de Galicia, seguida por la de Cataluña. Y el primer presidente que eligieron las Cortes fue precisamente catalán, Ramón Lázaro de Dou y Bassols, al que en el panegírico de la Academia de Buenas Letras de Barcelona se calificó como «varón insigne, sabio jurisconsulto, literato distinguido, político consumado, honor de la Universidad de Cervera y gloria de Barcelona, de Cataluña y de toda España». A pesar de su edad, 68 años de los de entonces, había arrostrado una larga travesía marítima para estar presente en las Cortes. Lázaro de Dou, comentando el Decreto de Nueva Planta, llamó a Felipe V «Solón de Cataluña» por haber derogado las reliquias del sistema feudal. Y rechazó las opiniones adversas que no faltaban entre sus coterráneos así: «Tal es la índole del hombre, que casi nunca cree deber aprobar ni alabar sino lo que ha visto siempre desde niño en su país: las costumbres, las reglas, las leyes, las mismas acciones buenas, las prácticas en ninguna parte le parecen tan excelentes como allí donde ha nacido. Esto depende principalmente de que nosotros solemos juzgar más por sentimiento que por reflexión».

Las sesiones de la magna asamblea se hicieron en el antiguo Teatro Cómico de la Isla convertido en Salón de Cortes por otro catalán, Antonio Prat, ingeniero militar al que también se debieron las fortificaciones para defenderse de los franceses. Unos meses más tarde, ya concluidas las sesiones, el diputado por Valencia Joaquín Lorenzo Villanueva, un sacerdote

ilustrado y liberal, pidió que el edificio del antiguo teatro se convirtiera en finca de la nación para preservar su dignidad. Propuso como adorno de la fachada poner la fecha de la instauración de las Cortes, 24 de septiembre de 1810, y luego sólo dos palabras: ESPAÑA LIBRE. Que ese sea también nuestro lema, amigas y amigos, compatriotas, y que nunca olvidemos que somos nosotros mismos el escudo insustituible de esa libertad.

## ***ENVOI***

«No me importa si un hombre es blanco o negro, cristiano o judío, comunista o liberal, catalán, vasco o andaluz... Me basta saber que es un hombre: nadie puede ser nada peor.»

MARK TWAIN

(Con arreglos de J. L. Borges y míos. F. S.)

## NOTAS

[1]. Artículo publicado originalmente en *La Crónica de Hoy* el 19 de septiembre de 2017.

[2]. Artículo publicado originalmente en la revista dominical de *La Repubblica* el 21 de agosto de 2016 con el título «Occhio, oggi in Spagna, domani nel resto d'Europa».

[3]. Artículo publicado originalmente en *El País* el 17 de junio de 2017.

[4]. Artículo publicado originalmente en *El País* el 16 de septiembre de 2017.



[5]. Artículo publicado originalmente en *El País* el 13 de agosto de 2017.

[6]. Artículo publicado originalmente en *El País* el 9 de septiembre de 2017.

[7]. Artículo publicado originalmente en *El País* el 30 de septiembre de 2017.

[8]. Artículo publicado originalmente en *La Crónica de Hoy* el 18 de octubre de 2017.

[9]. Artículo publicado originalmente en *El País* el 7 de octubre de 2017.

[10]. Artículo publicado originalmente en *El País* el 1 de octubre de 2017.

*Contra el separatismo*  
Fernando Savater

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

© 2017, Fernando Savater

© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-344-2736-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

# Table of Contents

[DEDICATORIA](#)

[CITA](#)

[QUEDAN ADVERTIDOS](#)

[CONTRA EL SEPARATISMO](#)

[ESTOCADAS](#)

[LA INVENCIÓN DE CATALUÑA](#)

[EUSKADI Y EUROPA: EL MISMO COMBATE](#)

[ESTAFADORES](#)

[A CASA](#)

[LOS ABSTEMIOS](#)

[SOLUCIONES](#)

[LO BÁSICO](#)

[HORROR STORY](#)

[COMPETICIÓN](#)

[EL ESCUDO DE LA LIBERTAD](#)

[ENVOI](#)

[NOTAS](#)

[CRÉDITOS](#)